

# Pisando aceitunas su alma se descomprimía

Helena Sauras



## Capítulo 1

Quería retenerla más de lo que duró el aire que soltó al pronunciar el “Sí quiero”. Todavía más, un poco más. Aquellos años, los que ella pasó a su lado, habían pasado demasiado rápido, precipitándose alborotadamente hacia aquel final que rigurosamente acabaría aceptando. O no. Intentó aguantar la compostura, con aquel traje de etiqueta inmaculado, y tragarse de golpe el nudo que se le había formado en la garganta. Cruzó una mirada con su mujer, pero ella tenía los ojos llorosos y no pudo interpretar su mirada. Si lloraba de alegría o de pena. Su hija se casaba en aquel país de locos en el que todo el mundo se rejuntaba. Todos menos ella, que siempre había tenido ilusión por ese día. De niña ya soñaba con él. Se vestía de princesa los domingos, y después de oír misa de doce, peinaba las muñecas, las subía en un cochecito de juguete que su padre le había regalado, y toda la tribu se dirigía a otro lugar de la habitación donde la niña con ilusión se casaría con un príncipe. Los castillos, en donde vivía todo el repertorio de muñecas, se derrumbaron cuando un balón entró en su vida por error, y rompió el espejo del tocador de su habitación de un pelotazo. Era la pelota de un vecino que entró por la ventana de su cuarto en el momento en que lo estaba ventilando. Desde entonces, la niña se entusiasmó y cambió las bodas, los anillos, y los banquetes; por el fútbol, los coches, y las chapas. Cuando ella y su familia se mudaron a otra casa, nunca había sido más feliz en aquel barrio en donde podía jugar al fútbol a todas horas sin miedo a que la atropellaran. Era un barrio tranquilo y peatonal, un oasis en aquella ciudad cargada cada día por un poquito más de contaminación. Creció en la calle, silvestre, con una pandilla de amigos que le enseñarían las artimañas de la vida que juntos irían descubriendo. El grupo estaba formado por cinco chicos y ella misma, que era un pétalo caído. Flor se llamaba la niña que había cambiado sus juegos por los que realmente sentía. Con la adolescencia recién estrenada, se cortó el cabello bastante corto con excusa del calor del verano, y así se lo dejó. Y por fin, y por primera vez, se sintió a gusto consigo misma.

El problema vino cuando aparecieron esas grandes desconocidas: las chicas. Y los chicos, interrumpieron la liga que jugaban por aquel entonces con otro barrio vecino, para estudiarlas detenidamente. Flor, que para ella también fue un descubrimiento nuevo todo aquello, acabó realizando tareas de celestina, y acabó emparejando a los cinco chicos con las cinco chicas. Cuando lo hubo conseguido, y viendo la tontería que fluía de sus bocas enamoradas, de sus risas, de sus gestos, se sintió desplazada y apenada, pues se había quedado sola. Volvió a su casa y se sumergió en la cocina. Comió sin ton ni son tanto helado de chocolate, porque era lo que veía hacer en las películas americanas, que engordó más de la cuenta. Erróneamente había pensado que el comer la aliviaría, que le quitaría la pena honda que tenía, pero al interrumpir el deporte porque ya no tenía con quién jugar al fútbol, y verlo por la televisión recordando

tiempos mejores, se le puso la cara de pan, el culo como una plaza, y los brazos como dos longanizas regordetas.

Cuando entró al instituto, después de aquel verano gris en el que hasta se perdió el mundial, empezó el curso deprimida. Se refugió en los estudios y se enamoró por primera vez, nadie supo en qué orden. Su primer amor fue tópico, secreto y lejano. La afortunada era la profesora de rizos castaños que le recordó inexplicablemente la primera muñeca que había tenido. A la que finalmente le había cortado el cabello años después en un momento de rabia. Se interesó tanto por la química, que cada día inventaba un nuevo experimento, y hacía las preguntas más retorcidas para llamar su atención. Cuando la profesora le respondía titubeando, porque nunca nadie antes le había formulado esa pregunta, y no estaba en el material que llevaba preparado, Flor pensaba que por fin le tenía atrapado el corazón. El suyo latía apresuradamente, como cuando subía una cuesta empinada, la que conducían a aquel colegio masculino, por ejemplo. Donde tenía a sus amigos futboleros, en el que le estaba vetada la entrada. Como se sentía sola, sólo hacía que estudiar en todo momento. En el recreo estudiaba, en su casa estudiaba con mucho interés, hasta en sueños hacía como que estudiaba también; de tanto leer y de entrarle la letra, se le quedó hasta tatuada en el cerebro para los exámenes, y se acabó sacando años después un doctorado con su perseverancia y esfuerzo. No se rindió nunca, y la única droga que consumía era el helado de chocolate que poco a poco fue racionando también. Su cuerpo se lo agradeció, y poco a poco, y con la ayuda de un endocrino que le dictó una dieta un tanto estricta, todo fue volviendo a su sitio.

Todos menos el amor, éste siempre cambiaba de acera milagrosamente cuando la veía tan ricamente. Hasta que se estropearon los lavabos de la facultad donde trabajaba, y salió al aire libre no descubrió que había vida detrás de aquellos muros que ella misma se había autoimpuesto. Aquella noche decidió salir de marcha, lejos de saber lo qué era, sólo lo que intuía en los libros y en las películas que había estudiado también. Se aventuró a salir sola y se arregló el pelo descuidado a conciencia. Buscaría una bala perdida en aquel Carnaval, alguien que la acariciase lo que le sobraba de mujer buena. Ya hacía varios años que se había convertido en mujer. Era una flor para entrar en cualquier jarrón que así lo quisiera. No era muy exigente, sólo buscaba compañía en aquella noche que se avecinaba atrevida. Después de andar unos cuantos metros, entró en aquel bar que le recordó más bien una tierra prometida, la que ella había fantaseado en más de una ocasión. La gente viajaba ligera de equipaje, ligera de ropa, ligera de todo lo que no hiciese falta. Y se desinhibía al ritmo de aquella música desenfadada y sensual que salía por los altavoces.

Una mujer pidió algo fuerte en la barra, se lo bebió de un trago, y se puso un caramelo mentolado en su boca que chupó con ahínco. Mientras el caramelo se le fue derritiendo, se fijó en Flor. La tía estaba bastante

buena. La quiso atar acto seguido en una cama con un cordel para retener su hermosura. Fueron escasos segundos, los que se le dilataron las pupilas, segregó abundante saliva, y estudió minuciosamente cómo entrarle. Flor le pareció una chica angelical mirando todo aquel espectáculo desde un rincón de una mesa con los ojos desorbitados. Si no fuera porque no había espejos en la sala, le hubiese parecido que era un reflejo de sí misma años antes. Cuando todavía no conocía lo que crecía en su interior, cuando todavía no sabía lo que era el rechazo y las mofas. Margarita sabía lo que la prohibición discriminaba: a ella misma, y a personas como ella. No hacían daño a nadie, simplemente se comportaban cómo sentían, de manera respetuosa, y consentida. Pero aquella sociedad hermética, en lugar de preocuparse de lo que había en sus casas, se preocupaba más de lo qué hacían los demás. Y eso era una de las principales causas del retraso que sufría. El quererlo controlar todo, el juzgar la vida de los otros, el privar de libertad. Pero dejémonos de juicios y volvamos al punto de la historia en donde la dejamos.

Margarita quiso convertirse en flor aquella noche, y entrar en el jarrón de nuestra protagonista. Fluir, olvidar prejuicios, sentir. De la mano de aquella mujer que le recordaba lo que nunca había perdido, cruzaría un túnel peliagudo y lleno de telarañas. El que las llevaría a otra salita contigua, más húmeda, más cálida, y confortable, de aquel bar que realmente era un motel apartado de la ciudad. Sin vergüenza, porque nunca la había perdido, Margarita se insinuó a Flor. Flor intentó rechazar la invitación con timidez, aunque se moría de ganas. Apartándole la mirada, porque se sentía clavada más de la cuenta en aquella silla de metal por donde unos ojos la perforaban como dos clavos juntos. Tenía el culo en forma de aquella silla incómoda que acabó sintiendo demasiado, y como se acabó levantando debido a la incomodidad del momento, Margarita se lo tomó como una afirmación. La tomó de la mano firmemente y la hizo entrar en el túnel de telarañas. No había habido ni una sola araña viva en todo el local, no nos engañemos. En la imaginación Flor se formó esta imagen porque le tenía miedo y asco por todo lo que había oído que podía ocurrir allí dentro, y como la araña era el animal que más miedo le daba con sus patas peludas y su negrura, esa fue la imagen que anduvo por su mente en ese momento. Se equivocaba. En la habitación contigua conoció el mundo tierno de Margarita, y le confesó en un instante de mucha sinceridad y sobriedad, que ella realmente se llamaba Florencia, pero que como no tenía nada de bella, se había recortado el nombre y en lugar de ciudad ahora simplemente era una florecilla insignificante. Margarita se sintió solidaria en ese momento, y se dijo que ella también se recortaría el nombre. Y así, a partir de ese momento de complicidad, serían Marga y Flor, unidades por una letra y griega que separaría sus nombres y decoraría todos los árboles, farolas, bancos, y demás mobiliario urbano, de aquella ciudad perdida y sumergida como una Venecia futura. Se habían enamorado tarde, pero se comportaron como dos adolescentes, más fuertes, y luchando en la

clandestinidad.

Tan oculto estaba su amor, que no gritaba el viento, ni despertaba, ni tan siquiera soñaba ya nadie con él. Dos amigas. Eran dos amigas disfrazadas de pareja, invirtiendo el orden de cualquier relación formal. Se pusieron a vivir juntas para compartir gastos, y olvidar por qué habían empezado. Las dos estaban hechas la una para la otra, porque eran iguales. Se peleaban tanto, que no sabían quién de las dos, ni por qué, había empezado aquella disputa que las dejaba sin voz. Al ser conscientes de ello, callaban de golpe, se besaban, se abrazaban y vuelta a empezar. En el fondo se querían más que nada en el mundo. Eran tan parecidas que los vecinos pensaron que eran hermanas. Dos gotas de agua, buscando el mismo afecto, el mismo interés que era compartir la vida al lado de la otra, despertarse cada cual al lado de su semejante, acompañarse durante el viaje de la vida. Entonces Flor, con melancolía, y un gran grado de nostalgia, volvió a revivir los juegos infantiles cuando era niña: las bodas a las que hacía participar a toda la familia. Ella no podría casarse nunca con Marga pues en aquellos tiempos estaba prohibido. Y se sintió delincuente al desear algo ilegal con tanta fuerza. No entendía por qué su sangre bombeaba de aquella manera cuando estaba con Marga, por qué se tenían que esconder, y escribir sus deseos en un papel con lápiz para después borrarlos. Por qué se tenía que avergonzar de algo que le obligaban a creer que estaba mal. Eso era ir contra natura, pues ella no había elegido ser así. Tampoco había elegido nacer, pero vivía la vida como si se tratase de un regalo que tenía que agradecer. Cada día experimentaba con sus sentidos, con sus labios besando a Marga, besando lentamente la carne de su novia, besando un deseo, besando poesía, besando, besando, besando... Y después del beso ya no había nada más. Las dos habían hecho un pacto de fidelidad. A veces si salían separadas y coincidían, en un lugar público, se buscaban con la mirada, y no tardaban en encontrarse, pues estaban predestinadas, y se besaban ardientemente con los ojos de donde surgían llamaradas.

Pasaron los años y seguían viviendo juntas. Los padres de cada una no entendían por qué sus hijas no habían tenido nunca novio si sus hijas eran tan majas, tan simpáticas y correctas, con una buena educación y unos buenos sentimientos. Por qué seguían compartiendo gastos si ya no lo necesitaban. Y al final de algo más de una década, Marga enfermó. Una enfermedad incurable que la estaba apartando cada día un poquito más de Flor. Algo le fallaba en sus riñones que ya no filtraban. Algo fallaba en ella, pero no podía fallarle a su novia. Ahora que quedaba tan poco para que su sueño se convirtiera en realidad. Tenía que aguantar como fuera. Quería convertirse en su mujer ahora que por fin aquel 3 de julio del 2005 la historia cambiaba de rumbo y las incluía. Por eso, se armó de valor, y confesó a sus padres lo que tanto tiempo había callado. Se hizo el silencio en su casa tan denso que podía segarse. Ella lo rompió hablando serena de su futuro. Quería que la incinerasen y que esparcieran las cenizas en el

monte donde la vio crecer, donde Flor todavía no había ido.

Después de desahogarse con los suyos, llegó a su casa y abrió la cerradura. La mujer que amaba la esperaba al otro lado de la cama aquella noche tan memorable. Le pidió matrimonio en aquel momento apartándose de lo romántico por ser de por sí trágico. Se lo preguntó directamente, sin adornos, sin insinuaciones. Flor efectivamente dijo que sí rodeándola con sus brazos. Prepararon el matrimonio con prisa, con ansia, no fuera a ser que las manecillas del reloj se adelantasen más rápido de lo que debieran.

Y ahora tenemos a las dos novias vestidas del color que ellas han elegido, dos tonos de blanco, de perla y de blanco marfil. El padre de Flor, con ese nudo tan apretado que lleva de corbata casi no puede respirar. Su hija se quedará viuda en unos días, pero las ve tan felices ahora que están consiguiendo su momento, que deja que el tiempo les regale de unos minutos más de alegría. Al conseguir lo que ansiaban, el sueño se desvanece lentamente. Después del banquete en el que Marga ha tenido una subida de energía, llegan a casa donde pasarán su luna de miel. En un momento de sinceridad, Flor, le confiesa en la cama:

—Igual te hubiese cuidado, aunque no fuese tu mujer.

Una pequeña lágrima se desliza por la cara de Marga porque siente que ya queda poco. Es difícil despedirse de los que quieres y con tan solo una mirada le dice lo que sus labios no pueden pronunciar debido al cansancio. Predestinadas, dos gotas de agua que se aman bajan por sus caras. Se besan entre lágrimas.

Días después Flor viajará a la sierra con las cenizas de Marga. Es un viaje que quiere hacer sola a pesar de que sus padres se han ofrecido a llevarla en el coche. Conduce poco a poco hasta que el coche se detiene en el asfalto. Tanto le ha costado llegar hacia allí, que no puede ser que el coche ahora esté sufriendo una avería. Suspira indignada. A lo lejos, ve a un grupo de niños jugando al fútbol. Se les va acercando para pedir ayuda, conforme lo hace, ve a una niña de pelo corto y los ojos verde esmeralda, que le sonríe al pegar un pelotazo al balón. Flor esquiva la pelota y se dirige a la niña para pedirle ayuda.

—Ahora aviso a mis padres –dice la niña y se va corriendo-.

Al cabo de poco, los padres de la niña, dos hombres mañosos le arreglan el coche. Flor les comenta que su mujer ha fallecido y que tiene que esparcir las cenizas por la sierra.

El primer hombre pregunta alterado:

—¿Cómo se llamaba tu mujer?

—Marga....rita. Pero yo la llamaba Marga.

—¿No será Rita? –le pregunta el segundo hombre al primero-.

Flor les mira confundida negando con la cabeza.

—Es esa –y sacando una foto de su monedero-.

—Sí, ya lo creo. Es Rita, bueno, nosotros la llamábamos así. Jugaba con nosotros de pequeños. Era buena al fútbol. La mejor de aquí. Pero nosotros preferíamos sus muñecas. Tenía muchas. Eran los ricos del pueblo. Una familia que hizo fortuna en la otra punta del charco.

—¿No habrá alguna ermita por aquí donde pueda? –se le ocurre a Flor-.

Los dos hombres niegan con la cabeza.

—No, pero hay olivos.

—Esos de allá abajo –el hombre señala un punto incierto del monte- decíamos que estaban embrujados porque daba el mejor aceite de todo el país.

Y así, Margarita, que se acortó el nombre dos veces en su vida, descansó en un lecho de olivos. Cada vez que Flor se servía aceite de oliva en sus platos, siguiendo su dieta mediterránea, sentía como su mujer la alimentaba a través del oro líquido. Nada que ver con el helado de chocolate grasiento que había acabado abandonando. Y se sentía rica, alegre, y feliz de que Marga o Rita, qué más da cómo se llamara ya la que fue su mujer, le regalaba algo que después ya no le podría quitar. Porque lo que se da, ya no se quita, y somos lo que comemos. Y Flor, llena de vida, habían traspasado el tiempo, la distancia, había viajado mucho más allá de los dictámenes de los otros, siguiendo el propio dictamen de su corazón. Flor pasó el resto de lo que le quedaba de vida, que fue larga y fructífera, saboreando el fruto de aquellos olivos de la sierra en un lugar perdido de España. La sierra que ella había heredado de Marga. Con los pies descalzos, cuando sentía que la nostalgia la invadía fuerte, pisaba aceitunas firmemente, y su alma se descomprimía regada de aceite una cuarta parte. Y le parecía ver el rostro de Marga impreso en la luna menguante, que la observaba con una sonrisa desde el firmamento.